

Lo extremeño en la filosofía y en el arte

Preliminar.—Un filósofo: Donoso Cortés.—Un pintor: Zurbarán

Por Francisco Elías de Tejada

Definida Extremadura como pueblo fronterizo entre culturas diferentes, es preciso aislar los tres momentos que la han conformado a lo largo de la historia. A mi entender, son:

a) En la época prerromana el actual suelo extremeño constituye el límite noroccidental de la influencia tartésica, puente entre la civilización meridional y los pueblos más rudos del centro de la meseta. Nace allá un tipo humano que ni es tan rudo como los lindantes celtíberos y lusitanos, ni tan sujeto a la relativa molicie de Tartessos; ni tan encerrado en la tribu, como los más bárbaros del norte, ni tan libre de cadenas como los incipientes núcleos urbanos de la actual Andalucía; hubo de darse ya ese rudo individualismo que es constante característica de la gente extremeña: rudo por influjos del norte, individualismo por reflejos del sur.

b) Las actuales provincias de Cáceres y de Badajoz son conquistas del reino leonés en las lindes de la Bética; por eso constituyen el término medio entre el estilo leonés (cada vez, siglo a siglo, más castellanizado) del vivir, y las esencias andaluzas. Para comprender el contraste entre el aristocratismo leonés y el igualitarismo castellano, basta cotejar el sello sencillo de las villas manchegas con la fisonomía jerarquizada de las viejas ciudades que los leoneses conquistaron y poblaron: Cáceres, Plasencia, Coria, Trujillo, Llerena, Fregenal, Mérida. A este sentido aristocratizante, consubstancial a lo extremeño en cuanto prolongación del reino de León, hay que achacar también la persistencia del latifundio en la economía extremeña y el espíritu que fecunda las hazañas de los magnos conquistadores del continente americano, de Cortés, de Pizarro, de Valdivia, de Alvarado o de Balboa; espíritu hidalgo por lo que tenía de leonés e individualista por lo que tenía de andaluz.

c) En el comienzo de la Edad Moderna, Extremadura queda en la cuneta del camino de las Españas, cuando sus gentes aparecen encerradas en el corazón de la península, faltas de vías de comunicación, carentes de desarrollos industriales y huérfanas de centros de alta cultura; es cuando florece el caciquismo, viene a ser la cenicienta nacional, nace el tipo del señorito abrutado y generoso, tan inculto cuanto honrado y rico, pasa lo extremeño a ser proverbialmente ejemplo de retraso social, y caen ambas provincias en una modorra sin mañanas.

De estos tres momentos nace un tipo humano, arisco y batallador, puntilloso y noble, desprendido y recio, altivo y áspero sin dejar de estar poseído por ello de un complejo de inferioridad cultural; tipo en cuyos rasgos extremistas perdura la condición de extremo que, geográficamente primero y psicológicamente después, caracteriza a la gente de Extremadura.

Trasladados esos conceptos al mundo del espíritu, observemos sus rasgos principales en los dos campos más representativos: el artístico y el filosófico. Para lo cual me parece lo más adecuado referirme a los dos nombres más señeros de nuestra historia en esas facetas: Juan Donoso Cortés en la filosofía y Francisco de Zurbarán en la pintura

Hace ya cinco años que en un estudio consagrado a Donoso Cortés postulaba yo la tesis de que sólo podían entenderse sus posturas extremas si se le juzgaba según el canon de su patria extremeña. Demostraba yo allí que no cabe hablar de un Donoso doctrinario, sino que el doctrinarismo falso que se le ha venido atribuyendo no era otra cosa que la etapa de transición desde el inicial radicalismo jacobino a su radicalismo tradicionalista; que el término medio del Donoso doctrinario de las *Lecciones de derecho político*, pronunciadas en el Ateneo de Madrid en el invierno de 1836 a 1837 no significa un sistema coherente de doctrina, sino el equilibrio transicional del revolucionario extremo, férvido creyente en los dogmas de la revolución de 1789, al no menos ardoroso defensor de las mayores intransigencias católicas; que en Donoso no hay jamás temperamentos turbios de blandos crepúsculos ideales, empero siempre la monolítica tesitura de una pasión, primero volcada en afrancesamientos postizos, luego rendida al servicio de las ideas más tradicionales; que, en suma, trátase de hombre cuya línea vital no cae sino en los más radicales

puntos ideológicos, vaso de hierro guardador de dispares y aun contrapuestos ungüentos de doctrina dentro de su única e invariable fibra de metal duro e irrompible.

Extremismo adherido a su substancia humana que ya hace cinco años atribuía yo a su condición de extremeño. Encarándole con el gran dilema del 1800, con la opción entre las dos tesis antropológicas que a mi ver explican todos los sistemas filosófico-políticos de entonces: el hombre abstracto del iusnaturalismo protestante y de la Revolución francesa, y el hombre concreto de la línea tradicional y medieva; escribía yo lo siguiente: "Para abordar el gran problema, Donoso Cortés tenía en su tierra elementos de ayuda poderosa. Tiene la postura ideal de un soldado de la Contrarreforma y se halla íntimamente emparentado con aquellos capitanes de la gesta americana, como él extremeños y como él amantes de la liza. Los terrenos de lugar son distintos, pero común el mismo ardimiento en las empresas. La filosofía que el Marqués de Valdegamas hace, la hace como tal Marqués, como hijo de un solar que sabe de deberes. Donoso Cortés —ha dicho el Maestro en uno de sus juicios definitivos— es la impetuosidad extremeña y trae en sus venas todo el ardor de sus patrias dehesas en el estío". Por eso "si no siempre convence, arrebatata, suspende, maravilla y arrastra tras de sí en toda ocasión" (*Heterodoxos*. VII (Suárez, 1932), 408). Donoso Cortés es, efectivamente, estío extremeño, ardiente de sol de plomo en siestas con acompañamiento de chicharras y trajín de mozos de labor; es su tierra, ancha y recia, sembrada de encinares y de senaras de pan llevar; es su casta, una gente paridora de conquistadores y orgullosa de hidalgos, bronce tallado en la gesta hispánica peninsular de la Reconquista y universal del Descubrimiento: con sus grandezas y sus defectos es el alma misma de Extremadura puesta en pie en aventura de empresa intelectual. Igual a su tierra y a su gente, no podía ser el hombre abstracto de las lucubraciones revolucionarias; no es el hombre, es el extremeño; no hijo de abstractas fantasías, sino el heredero de un preciso sentido de la vida. De un sentido extremado, rotundo y apasionador". (*Para una nueva perspectiva del pensamiento político de Donoso Cortés*. Separata de la *Revista de la Facultad de Derecho de Madrid*, 1944. Páginas 79-80).

A cuyo tenor extremeñista aplicaba yo los motivos de aquella intransigencia que campea a lo largo del pase de Donoso bajo varias banderías

del pensamiento y la manera en que siempre hizo carne de realidad aquel su expresivo juicio, que a mi ver condensa los más característicos estados de su alma: "Leo en la Sagrada Escritura que Dios hizo la noche y el día, mas no leo en ella que hiciera Dios el crepúsculo" (*Pensamientos varios*. En *Obras*, III (1904), 750).

Lo que en filosofía he apuntado respecto a Donoso Cortés, dícelo la crítica artística de Francisco Zurbarán. En el pintor, igual que en el filósofo, continúa la línea de la rigidez espiritual común a los hombres de mi tierra. En los cuadros de Zurbarán, pese a ser parte de la escuela sevillana, se echa de menos aquella dulce y un tanto suavizada manera de Murillo; las figuras se pliegan a la dureza de los contrastes, quizás como expresión del alma de su autor. Hablan las sombras y hablan las luces, no ya entre sí, sino mejor todavía en las interiores matizaciones del color; el lenguaje de los tonos es un idioma cortado, tajante, con matices de sobria rotundidad en los que el realismo del artista ha depurado los reflejos mismos de las cosas. Hay en esas pinceladas un rigor de antítesis. "L'impression produite par cette peinture sans analogie avec aucune autre connue, —dice un francés, Paul Lafond, conservador del Museo de Pau, a la página 108 de su libro *Ribera et Zubaran*. París, Librairie Renouard. — Henri Laurens, éditeurs. s. d. — fut instantanée, énorme et durable. Mais comment s'en étonner? Quels contrastes, quelles antithèses, quelle énergie".

Contrastes que son idénticos a los propios extremismos de su tierra y de su gente. Por eso expresan valores recios, robustos y rígidos, de creer a otro crítico, ahora alemán, Hugo Kehren: "Etwas Unpersönliches liegt in seinem Stile, der streng, hart und starr bis zum Aüssersten werden kann" (*Francisco de Zurbarán*. München, Hugo Schmidt Verlag, 1918.—Página 9).

Y por eso también sus figuras resultan al par delicadas y augustas, prendidas a un solo gesto donde se confunde la gracia andaluza con la sobriedad hidalga castellana. Oigamos sobre ello la opinión de otro francés, Charles Blanc, en su *Histoire des peintres de toutes des écoles*, impresa en París en 1859: "Cuando representó los innumerables santos de la leyenda, les dió una dulzura inesperada, aun cuando mezclada de aquel indomable orgullo español que hace parecer a las delicadas vírgenes del martirologio archiduquesas de Toledo o princesas de Asturias". (Apud.

José Cascales Muñoz: *Francisco de Zurbarán. Su época, su vida y sus obras*. Madrid, Fernando Fe, 1916. Páginas 106-107).

Por eso son los cuadros de Zurbarán retrato en colores de una psicología peculiar, de la psicología extrema de los hijos de Extremadura. Y lo mismo que los conquistadores supieron elevar sus actos heroicos a la majestad universal de las creaciones eternas, hay en ellos un hálito de eternidad que resuena en cantar de bronce, al decir de Hugo Kehrer: "Was er spricht, ist von ehernem Klange"; por la sencilla razón de que pinta como aquellos conquistaban y como filosofó Donoso: con sed de eternidades, con "soif de l'éternité".

Sed de eternidad labrada con esfuerzos hidalgos de hombres aislados, que es el resultado histórico del tipo humano peculiar de Extremadura.